

desabrimiento. Hay aquí nombres literarios que pueden ponerse sin desmedro al lado de otras grandes figuras de América. Da esta actitud la penosa sensación de que hay en el fondo un afán de destruir lo poco que aquí existe o equivocar la opinión con un espíritu que yo no me atrevo a calificar sino como un gran error de Torres Rioseco, pues no se le puede suponer otras intenciones. Y esto es sensible, pues se trata de un libro destinado a tener una amplia circulación en los países de la América Latina.

Tal vez sería indiscreto decir que en muchos de los críticos se observa una tendencia a hacer una gran diferencia entre sus apreciaciones personales—cuando conversan—y las que escriben en sus artículos o libros. Es probable que haya en esto alguna especie de secreto profesional que a los profanos no les es dado penetrar. Pero en este libro apresurado de Torres Rioseco, no es sólo la falla que anotamos, sino además la ausencia de puntos de vista que revelen a un hombre que se ha formado conceptos exclusivamente suyos sobre el tema que trata. Por lo menos esta es la impresión que nos deja la lectura de esta obra de nuestro compatriota Arturo Torres Rioseco.—L. D.

<https://doi.org/10.29393/At239-80DUVM10080>

DESDE LA ÚLTIMA VUELTA DEL CAMINO, por *Pío Baroja*

Pío Baroja, el más grande de los escritores de la hora actual, ha iniciado la redacción de sus memorias en el momento en que dice haber perdido esta facultad. Circunstancia temporal y anímica que puede explicar, en parte, la repetición constante que una crítica minuciosa podría resaltar. Pero lo interesante consiste en determinar la posición de Baroja en la hora en que se decide, a petición de un editor, a desandar su camino en busca del tiempo perdido, lugar común en todas las épocas y elevado a categoría estética desde la fecha en que Jorge

Manrique, Villón, Jacinto Verdaguer y Proust se preguntaron por cosas que fueron y por hombres desaparecidos.

Nos habla de Valle-Inclán con una explosión tardía de animosidad. Precisamente en una época que revaloriza prestigios casi desconocidos y que sitúa al autor de «Tirano Banderas» en el lugar que le corresponde como creador de una de las prosas más eufónicas y bien trabajadas de la literatura castellana. Con razón, Baroja se autodefine diciendo que es «un fauno reumático que ha leído un poco a Kant, aunque nunca pudo entenderlo».

Ataca a Richet y a su metafísica, se ríe de Lombroso y de sus teorías. El cubismo, la cuarta dimensión y el psicoanálisis, «cubismo de la medicina», reciben el choque de sus ironías. Combate las ideas de algunos preceptistas literarios para dejar sólo en pie las afirmaciones de Alain, cuando dice que «las palabras ordinarias y las construcciones comunes son la única miseria del artista». Es decir, lo mismo que diría más tarde Paul Valéry, refiriendo sus ideas al recinto de la poesía.

Baroja se ha negado siempre a aceptar la existencia de la llamada generación del 98. En su obra actual insiste en sus puntos de vista reuniendo los argumentos que estima necesarios para borrar, de una vez para siempre, una fecha y un movimiento literario.

La realidad de la generación del 98 es uno de los puntos más discutidos por todos los escritores nacionales. Incluso hay quien ha dicho que es necesaria para tener un motivo de polémica constructiva. Uno de los trabajos más recientes y documentados es el de Pedro Salinas, quien en su tesis defendida aduce los argumentos científicos de Petersen.

Baroja repite en sus Memorias su ya vieja argumentación, reforzada ahora con nuevos puntos de vista, y convertida en bloque macizo en virtud de la mejor prosa brotada de su pluma, hecha transparencia, quizás, por la trabajosa y lenta decantación de los años.

El siglo XIX, «heredero de la Revolución Francesa, ilustre como ninguno por su arte y por su ciencia, había hecho soñar en la idea del progreso». Víctor Hugo pudo decir: «El siglo es grande, el siglo XX será feliz». Pero la realidad de fin de siglos puso en evidencia el derrumbe del optimismo. Los escritores comenzaron a trabajar en la obra demoledora. Esto explica la posición espiritual de los hombres del 98. Su manera de ser e interpretar el mundo fué una resonancia de «las llamaradas un poco sombrías y trágicas que brillaban en toda Europa».

Sin embargo, yo creo que esta postura de Baroja no destruye la posibilidad de la existencia de la citada generación por cuanto dentro de esa tragedia europea debe contarse el desastre colonial español, producto natural de una serie de circunstancias políticas, económicas y espirituales. Aceptando el origen extraespañol de la primera llama no puede negarse la realidad de un problema peninsular con categoría suficiente para informar las obras de algunos escritores incorporados a la función literaria en años más o menos próximos a la simbólica fecha.

El aglutinante de aquellas mentalidades, en cuya primera fila, y muy a pesar suyo, se cuenta Baroja, era la idea de afrontar un nuevo porvenir. Se hablaba de regeneración. Y se pensó en proceder a una vigorización individual, tomando como centro de inspiración lo más hondo y auténtico de la raíz hispana, o lo que es lo mismo, elevar a la primera categoría el arte de la introversión psicológica. La generación del 98, nacida bajo el signo indeciso de partido político, incrementada más tarde con el aliciente de una plural concepción filosófica, sigue conservando su categoría de grupo, fijándose más en los conceptos que separaban a los escritores que en las aspiraciones que los unían. A ello han contribuído las constantes divergencias de algunos de sus más notables representantes. Pero no obstante, su influencia literaria y espiritual se ejerce aún en los medios culturales.

Refiriéndose a sus ideas filosóficas, dice Baroja: «Soy un

agnóstico, pesimista, estoico, y a veces jovial». Sus autores: Heráclito, Protágoras, Kant y Schopenhauer, por donde puede deducirse la influencia de Nietzsche.

Para Baroja, la filosofía significa la busca del sentido de la vida. «Simpatizar con una persona o con una cosa es el hallazgo más agradable que se pueda tener en la vida». Pero ante su fracaso se repliega en su intimidad con el deseo de conservar su independencia espiritual.

Leyendo sus obras se encuentra que el autor ha ensayado tres caminos distintos para hallar el sentido de nuestra existencia. Esto explica la distinta contextura de libros tales como «Las memorias de un hombre de acción», «Las veleidades de la fortuna» y «El árbol de la ciencia». Con Aviraneta, se dedica Baroja a soñar los días de un hombre ejecutivo. Hacer, actividad; he ahí la razón mágica, la única que puede permitir al hombre tropezarse con eso que los humanos llaman felicidad. Y en contraposición a estos hombres de movimiento se levanta el vagabundo, «mixtura de pícaro y de idealista». Hombres que arrastran su existencia y que la valorizan a su manera, llegando a plenitudes insospechadas para el buen burgués. Tipos como «Telligorri» que no se conforma a ser como los demás y que conoce la virtud de saber emocionarse delicadamente, a su manera.

La inspiración de estos libros responde exactamente a la variable posición filosófica del escritor.

Bajo la influencia de Schopenhauer, Baroja pretende interpretar la vida negándola, venciendo el dolor por el conocimiento. Y cuando lee a Nietzsche, acaricia la idea de amordazar los sinsabores mediante la actividad. El superhombre se convierte en hombre dinámico que sueña con realizaciones heroicas y complicadas, muchas veces desde un rincón provinciano. Finalmente, se lanza a buscarle a la vida una base en la ciencia, en la cultura por ella misma.

Su concepción ideológica, anárquica, con retoques de misti-

cismo proyectada últimamente con ese impulso que invita a una danza en honor de los sueños, le sitúa en el grupo de los escritores modernos de mayor trascendencia. Su nombre resuena en los cuatro puntos cardinales. Y no deja de ser curiosa su posición anímica ante la sociedad que lo rodea. Al correr de los años se ha ido replegando en sí mismo hasta cifrar su fortuna en ser, no universal, ni siquiera español, sino vasco.

Sus «Memorias», de las que ya están en circulación tres volúmenes, están llamadas a producir grandes controversias por la genial crudeza de enfrentarse con los hombres y con los hechos de una época, antecedente inmediato de nuestras horas actuales.—VICENTE MENGOD.



«ANTOLOGÍA» DE MARÍA CRISTINA MENARES, por Víctor Castro

En otras oportunidades habíamos manifestado que la poesía femenina de Chile había seguido, salvo honrosas excepciones, un lento desenvolvimiento. El caso de María Cristina Menares, sin embargo, matiza el asunto referido con otro color, con otra luz, con un distinto, y se puede decir,preciado acento: sin empuje, su razón de seguir, su porfiada persistencia lírica.

Más de alguien se ha sonreído con esto de «Antología». Para unos, fué la sonrisa inequívoca de lo considerado ingenuo y pretencioso; para otros, incapaces de ser sensibles hasta para eso, significó el fustigazo, la negación ultimadora, tal hacen el halago rastrero. Pero tras eso, y por sobre todo, hay una poesía que buena o mala, es necesario mirarla con la cara descubierta, con actitud decente, con ese particular relieve que posee toda creación, toda aspiración a lo serio.

Una vez, para su libro «Raíz eterna», dijimos a María Cristina Menares que su poesía no estaba en lo correcto; que